

1 el desorden global

Alemania

Cayendo otro poco por la pendiente deslizante de la democracia parlamentaria...

¿Se pueden aprender lecciones de la experiencia de la izquierda verde-alternativa en Alemania? (I)

Frieder Otto Wolf

Durante los primeros años ochenta del siglo XX, un hecho emblemático tuvo lugar en Hamburgo, al norte de Alemania: después de decenios de silencio sobre el envenenamiento de trabajadores y medio ambiente a través de dioxinas y furanos, que había estado produciéndose en una planta química local, algunas de las mujeres cuyos maridos trabajadores padecían el estadio inicial del cloracné, o “enfermedad de Seveso”, se pusieron en contacto con la oficina en Hamburgo de la recién fundada “Lista Verde Alternativa” (que constituiría, posteriormente, la rama del Partido Verde alemán en dicha ciudad). Aquello no podía seguir así, denunciaban: sus maridos estaban vendiendo la salud a la empresa, dejándolas sin otra perspectiva que ser amas de casa al cuidado de sus maridos enfermos y después convertirse en viudas prematuras. ¡El nuevo partido debía hacer algo al respecto!

Se daban cita todos los elementos que habían configurado los sueños y esperanzas de la nueva formación política: radicalismo de clase obrera, preocupación por la destrucción ecológica causada por las grandes industrias del capitalismo, dimensión feminista -y la apertura de nuevos terrenos de lucha en el proceso de construcción del partido-. Claramente, no se trataba del ambientalismo de clase media propio de privilegiados que disponían de ocio y libertad suficiente para preocuparse por una naturaleza idealizada. Parecía más bien el germen de un renovado anticapitalismo a partir de luchas cotidianas, utilizando las dinámicas combinadas de los movimientos obrero, feminista y ecologista para alcanzar niveles mayores de radicalización política, y culminando en la construcción de un nuevo tipo de “partido de nuevo tipo” -vale decir, un nuevo comienzo para la política antisistema en las

metrópolis, sólo equiparable al nacimiento de la II Internacional a partir de las cenizas de la I Internacional de los Trabajadores en los años noventa del siglo XIX /1.

Y esto sucedía en Alemania, donde la decadencia del estado-nación, la autoimpuesta desaparición del imperialismo germano y el fracaso histórico del estalinismo -simbolizado por el Muro de Berlín- parecían haber ocasionado un profundo distanciamiento respecto de las políticas tradicionales, y donde la rebelión juvenil y estudiantil de los años sesenta había comenzado a “revolucionar” una cultura tradicionalmente autoritaria y una educación orientada a la sumisión ciega /2.

Un cuarto de siglo después, retrospectivamente, todo esto parece haber sido mera ilusión, como fantasmas a la deriva dentro de sueños imposibles.

Los Verdes alemanes, partido de gobierno (en el Gobierno federal) desde el año 2002 al 2005, han competido en la búsqueda de respetabilidad internacional en una Alemania reunificada: asumiendo compartir una renovada “carga del Hombre Blanco” -por ejemplo mandando tropas a Kosovo o Afganistán, y en breve, al Congo-, o enviando a la Marina a participar en controles “antiterroristas” en el Cuerno de África. La mayoría de los antiguos pacifistas radicales han conferido legitimidad al “intervencionismo humanitario” de la OTAN contra Serbia; y los antiguos ecologistas radicales y activistas antinucleares han otorgado a la industria nuclear alemana una garantía de amortización del capital invertido, como contrapartida por una promesa de supresión progresiva de la energía nuclear plasmada en ley. El grupo parlamentario de los Verdes alemanes en el Parlamento federal y los dirigentes del partido han puesto afanosamente en práctica “reformas” neoliberales, en coalición con un partido socialdemócrata donde ha prevalecido la traducción al alemán del blairismo británico (exceptuando el descarnado entusiasmo bélico de este último) /3. Tras las elecciones federales del otoño de 2005, que perdieron sus socios socialdemócratas, algunos dirigentes parlamentarios verdes comenzaron a discutir sobre el retorno al gobierno participando en coaliciones de centroderecha.

Dentro de los -muy debilitados- movimientos sociales de la Alemania contemporánea, su caso se cita para disuadir de cualquier intención de intervenir en políticas de partido. Su ejemplo negativo sirve de hecho para reforzar los prejuicios contra el nuevo partido de izquierdas alemán que está ahora formalizándose, tras su impresionante primera aparición en las elecciones federales del 2005, y que todavía tiene que depender demasiado de la herencia organizativa e ideológica de la RDA (República Democrática Alemana) /4, mientras que está lejos de haber concluido el proceso de autocritica necesario para superar las tradiciones del estalinismo teórico y práctico.

¿Se puede aprender algo de este fracaso? Quiero decir, algo más que el hecho de que la “excepción de Alemania Occidental” tras la derrota de la Alemania nazi -donde a amplios sectores de las jóvenes generaciones les pareció atractivo excluirse tanto de la tradición del estado-nación alemán (proveniente, sólo, de 1871) como de las garras de la vieja izquierda, la cual había perdido su potencial de hegemonía

por partida doble (por un lado, tras la ‘modernización’ socialdemócrata a finales de los cincuenta, y por otro con la declaración pública de derrota que significaba para el comunismo oficial la construcción del Muro a lo largo de Alemania, destinado a encerrar en su interior a los ciudadanos), dejando espacio considerable para una “izquierda alternativa” que se imaginaba a sí misma no nacional y libre para inventar o construir líneas de tradición con las que identificarse /5- ha sido mucho más imaginaria de lo que nunca imaginaron quienes participaban en ella.

Más allá de la simple afirmación de que no hay mejor forma de aprendizaje estratégico que el análisis de las derrotas y fracasos del pasado, considero que se pueden extraer algunas lecciones específicas de esta experiencia histórica /6. Resultarán más claras usándolas para comentar dos recientes intervenciones en el nuevo debate que sobre la construcción de partidos que parece abrirse internacionalmente y en los Estados Unidos.

La “*problematique*” del nuevo partido tras los años sesenta del siglo XX

Para muchos fue una sorpresa que tras la rebelión juvenil de alcance mundial en los años sesenta, la construcción de partidos se convirtió en una cuestión de primer orden en todos los lugares donde las iniciativas espontáneas de la “nueva ola” de oposición radical no podían ser aplastadas. Resulta útil distinguir dos razones para este inesperado giro por parte de gentes que pocos años antes parecían meros “hippies” o “rebeldes culturales”. De hecho, son dos cuestiones profundamente distintas aunque habitualmente se las agrupe bajo la rúbrica de “el partido”: el problema de organizar la práctica de una multitud de manera que sea posible desbordar de forma duradera los límites de la clase media urbana y bohemia, y desafiar las relaciones de poder establecidas en una sociedad dada, y el problema de participar de forma efectiva en la política electoral como un mecanismo central de la reproducción de esas relaciones de poder. La izquierda tradicional, en realidad, había desarrollado dos formas distintas de conectar ambas cuestiones: por una parte, creando un entorno organizativo y cultural integrado que sustentaba una contracultura obrera capaz de conectar la vida diaria con “el partido” a través de un sentido de lealtad de clase (lo cual se tornaría difícil cada vez que la escisión entre los partidos comunista y socialdemócrata reveló fracturas dentro de la clase obrera, tal como sucediera en la Alemania de la República de Weimar). Y por otra parte, a través de una relación entre organizaciones de “frente legal” y organizaciones conspirativas de políticos profesionales (desarrollada por la izquierda europea en las represiones que siguieron a los movimientos revolucionarios de 1848, después cultivada por el SPD -Partido Socialdemócrata de Alemania- contra la persecución de Bismarck a principios de los años noventa del siglo XIX, y finalmente sistematizada por Lenin en sus ideas acerca del “partido de nuevo tipo”).

Pero ambas conexiones habían dejado de funcionar. La *primera*, porque -y en la misma medida en que- la cultura de masas “fordista” del consumismo capitalista

había comenzado a disolver las culturas obreras diferenciadas; la *segunda*, porque -y en la misma medida en que- el sufragio universal y el “imperio de la ley” propios del liberalismo habían tornado casi /7 impracticables las persecuciones abiertas, aun cuando formas más indirectas de discriminación y exclusión política continuaban siendo habituales (como el macartismo en los Estados Unidos o la exclusión del PCI de las coaliciones de gobierno en Italia). Los partidos de la vieja izquierda en Europa habían avanzado bastante en el camino hacia convertirse en meras máquinass electorales -sin más fondo programático u organizativo que el indispensable para la supervivencia electoral.

En Alemania Occidental, el SPD se había deshecho de una enorme cantidad de “lastre” no electoral, empezando con su programa de Bad Godesberg en 1960 y siguiendo con su entrada en la Gran Coalición de gobierno con los demócrata-cristianos en 1966. Con ello se había transformado, definitivamente, en partido electoral, y su tradicional espina dorsal organizativa -la *Ortsverein* o agrupación local, donde se integraban toda clase de organizaciones socialdemócratas- había perdido su importancia como ruedo para los debates y decisiones políticas.

La cuestión de la organización, en cuanto tal, no conducía necesariamente a la construcción de un partido. Surgieron todo tipo de iniciativas y coordinaciones locales, aprovechando “centros” autónomos para jóvenes o mujeres, y estableciendo redes de contactos a través de repetidos congresos sobre asuntos transversales -desde el Congreso Internacional sobre Vietnam en Berlín Occidental en el año 1967, pasando por los “Congresos Socialistas” centrados en temáticas de ecología y paz en 1979 y 1980 o los congresos sobre el futuro del trabajo en los primeros años ochenta, hasta el congreso contra la OMC (Organización Mundial del Comercio) y el Banco Mundial en Berlín Occidental en 1988-. Lo que tuvo lugar a finales de los sesenta parece haber sido la extensión bastante efectiva de la rebelión cultural a la juventud de clase obrera -con la nueva militancia de obreros jóvenes, aprendices y trabajadores inmigrantes- lo cual planteó, entre otros, el problema práctico de ir más allá de la capacidad de organizar huelgas espontáneas y llegar a ser capaces, también, de organizar oposición dentro de los sindicatos, además de en la política local.

A pesar de algún énfasis sobre espontaneísmos luxemburguianos o consejistas -a comienzos de la década de los setenta había una pequeña revista en Berlín Occidental con la cabecera de “La emancipación social no es asunto de partido”-, el debate organizativo cambió rápidamente y desde los problemas de las organizaciones de base /8 pasó a centrarse en un repaso teórico (y práctico) de las contribuciones de Lenin, Stalin, Trotsky y Mao al problema de la construcción de un partido revolucionario de masas.

Como cualquiera podía ver que la iniciativa histórica de la rebelión de los años sesenta no provenía de la clase trabajadora, y todavía menos de sus partidos políticos, estudiantes y obreros jóvenes crearon cierto número de organizaciones competido-

ras que intentaban “reconstruir” el partido de la clase obrera que supuestamente había sido destruido por la “traición” de los grupos dirigentes socialdemócratas o estalinistas. Esto resultó ser bastante improductivo: no condujo ni a presencia significativa alguna en la clase obrera, ni a formas de organización realmente innovadoras, y más bien se tendió reproducir viejas formas organizativas ya obsoletas por los avances en tecnologías de comunicación (fotocopiadoras, faxes y ordenadores) y transporte (coches baratos y ampliamente extendidos, que facilitaban viajar largas distancias en auto-stop, y posteriormente, viajes económicos de avión y tren para los jóvenes y estudiantes), así como por las formas políticas de la emergente democracia liberal con sufragio universal, que tornó la censura política y el fraude electoral abierto progresivamente más difícil (es decir, costoso en términos políticos, aunque no imposible técnicamente, como ha ilustrado la reciente historia electoral de los Estados Unidos).

En Alemania, la derrota pública de un activismo que usaba medios violentos se hizo evidente para todos los sectores de la sociedad en el otoño de 1977: tras su aislamiento político, todos los tipos de guerrilla urbana fueron reprimidos con éxito por una policía modernizada. No obstante, esta derrota no coincidió con un descenso de la militancia de base como tal: la mayor parte de una juventud ampliamente radicalizada continuó marchando por senderos de resistencia más locales y programáticamente “no violentos” casi durante otra década /9. Esto cambió profundamente el centro de gravedad del “debate organizativo” en Alemania: desde la construcción de una vanguardia más o menos conspirativa hacia la cuestión de la política de masas. Y aquí, en un principio en el ámbito local sobre todo, el proceso electoral y las formas existentes de política institucionalizada se hicieron visibles.

La historia de los Verdes alemanes a vista de pájaro

Antes de desarrollar líneas de discusión más sistemáticas, precisamos alguna narración empírico-histórica para recordar al lector o lectora de qué estamos hablando concretamente /10.

Desde 1976 hasta la mitad de los años ochenta los Verdes emergieron como fuerza parlamentaria en la República Federal de Alemania, desarrollándose a partir de toda una serie de iniciativas electorales locales y regionales que se autodenominaban verdes, alternativas, multicolores o listas de ciudadanos y que intentaban traducir las preocupaciones cotidianas de los nuevos movimientos sociales en representación política /11. Este extenso “movimiento electoral” reagrupó principalmente a activistas de los *Basisgruppen* [grupos de base], las diferentes variantes regionales de las organizaciones maoístas de corta vida que procedían de los movimientos estudiantiles, junto con “notables” cooptados tácticamente, con orígenes en la derecha algunos de ellos. Esto resultó mucho más decisivo para el surgimiento del partido que los intentos más o menos “golpistas” de ocupar desde arriba su espacio político, que estuvieron representados por la *Grüne Aktion Zukunft* de Her-

bert Gruhl, o la iniciativa de una lista verde de candidatos para las elecciones europeas de 1979, aglutinada en torno a Petra Kelly.

El congreso fundacional del partido de 1980 logró una precaria unidad de fuerzas “verdes” y “alternativas”, con fuertes principios de democracia de base como garantía contra cualquiera que quisiera “tomar el poder”. El muy publicitado problema de la presencia de un ala derecha entre los Verdes (o de que su surgimiento hubiese convertida en obsoleta la división izquierda/ derecha) resultó ser inexistente, ya que la mayoría de los activistas no provenientes directamente de los movimientos pacifistas y ecologistas de aquel periodo, situados genéricamente en la izquierda, habían ganado su experiencia política previa en iniciativas políticas de base, llegando hasta jóvenes socialistas o jóvenes liberales disidentes.

Después de su entrada en el *Bundestag* [*Parlamento Federal*] en 1983 la oposición entre izquierda y derecha, entre “rojos” y “verdes”, deja de desempeñar papel político alguno entre los Verdes alemanes. En su lugar, el debate estratégico dentro del partido /12 opone a una minoría de *realos* [realistas], quienes lanzan la estrategia de participación parlamentaria plena con el propósito de formar coalición de gobierno con los socialdemócratas, frente a una mayoría de sedicentes *fundis* [fundamentalistas] que prefieren la estrategia parlamentaria de provocar una crisis de gobierno, donde algunos de ellos verían la posibilidad de emplear su presencia parlamentaria para negociar su apoyo a gobiernos en minoría (“estrategia de tolerancia”). Todo el proceso va acompañado por un debate de alto nivel dentro de la nueva izquierda alemana en expansión -centrado en el congreso de Rudolph Bahro en 1979 y los congresos socialistas subsiguientes, que tiene en parte como resultado el intento de asentar la revista mensual de izquierda verde *Moderne Zeiten* (*Tiempos modernos*, 1981-1984), donde se agrupan un número considerable de futuros líderes verdes.

Desde mediados de los ochenta y hasta 1989, los *fundis* van perdiendo una orientación estratégica clara, mientras que la participación de Joschka Fischer en el gobierno regional de Hesse, incluyendo la prueba práctica de la capacidad de romper la alianza gubernamental si ello se muestra necesario, incrementó la credibilidad de la estrategia *realo*. Esto condujo a una realineación dentro de la izquierda verde: el Foro de Izquierdas, formado por los pragmáticos municipales /13 y regionales de izquierdas que se habían quedado solos al centrarse los dirigentes izquierdistas en la pugna entre *realos* y *fundis*, por los partidarios de la “estrategia de tolerancia” dentro de los *fundis*, y por un grupo de extrotskistas afiliados al partido. El Foro de Izquierdas se centró en los contenidos de la política que debían propugnar los Verdes, en lugar de en la cuestión de la participación en el gobierno. El pequeño grupo “Aufbruch” abogó por poner fin “desde abajo” al bloqueo fundi-realo dentro del partido -aunque que al final resultó ser una de las puntas de lanza para la introducción de ideas neoliberales dentro de los Verdes, bajo el disfraz de “libertarianismo”-. En esta breve fase, que duró hasta las primeras elecciones generales en la Alemania recién unificada, el Foro de Izquierdas abrigaba esperanzas de condicionar un acuerdo de coalición anticipada

con un SPD inclinado a la izquierda bajo la batuta de Oskar Lafontaine, lo cual parecía ofrecer una salida productiva, aunque profundamente reformista, a la crisis del fordismo -bajo la consigna general de un nuevo *New Deal* que fuese “eco-social”.

Todo ello finalizó con el sorprendente advenimiento de la unificación alemana. Desde 1990 hasta 1994, el Foro de Izquierdas se vio obligado a salvar al partido occidental de la debacle que supusieron las elecciones de 1990, alcanzando una tregua con los *realos*, después de que los *fundis* hubiesen abandonado, y trabajando para integrar la nueva familia partidaria consistente en el partido verde germano-occidental, los herederos de los movimientos cívicos de la República Democrática Alemana, y el pequeño partido verde germano-oriental. Sin la presencia de las fuerzas de izquierda que habían abandonado el partido -bajo el liderazgo de Jutta Ditfurth, quien en vano intentó construir una organización electoral competitiva-, con la promesa aparentemente brindada por la “extensión occidental” del PDS (Partido del Socialismo Democrático) -que se había constituido a partir del antiguo SED, el Partido Socialista Unificado que fue partido de Estado en la RDA-, y con la fuerte desorientación que paralizaba a la sociedad civil en lo concerniente a las alternativas de izquierda, esto no ha resultado ser más que una prolongada acción de retaguardia, aplazando la final hegemonía del ala *realo* durante unos ocho años.

Lo mismo puede decirse del “Círculo de Babelsberg” y su red de militantes radicales, que consiguieron mantener viva la izquierda verde, reforzada por partidarios de los Verdes de la ex RDA, hasta su derrota, en 1998, en la cuestión de Kosovo. Se las arreglaron para contener, durante algún tiempo, la corriente de concepciones neoliberales en economía y política social dentro de los Verdes, y fueron capaces de formular un pacifismo político capaz de dar cuerpo a una “política exterior” verde a la vez realista y radical, al mismo tiempo que mantenían y desarrollaban los contactos internacionales con otras fuerzas de izquierdas, verdes y alternativas de Europa. Pero ya en el momento de la formación del primer gobierno federal del SPD con los Verdes, en 1998, prevalecía la influencia de Joschka Fischer y sus *realos* -sobre todo dentro del grupo parlamentario, aunque todavía se veían obligados a guardar, por lo menos, una apariencia de igualdad con la izquierda verde. No obstante, la izquierda verde ha sucumbido, finalmente, frente a la combinación de tácticas *realo* y propaganda mediática en apoyo de un “intervencionismo humanitario” belicista- en nombre del antifascismo.

Desde 1998 el ala *realo*, junto con un grupo de “izquierdistas gubernamentales” liderado por ministros y parlamentarios (federales y europeos), ha estado dirigiendo a los Verdes alemanes, y ha generado los resultados referidos al comienzo de este ensayo. No tienen opción de sustituir al Partido Liberal como bisagra del sistema de partidos alemán. Dado que todavía representan a un sector importante del electorado -los profesionales de los servicios sociales, y la cohorte de edad correspondiente a los ya viejos “nuevos movimientos sociales”- no es de suponer que vayan a desaparecer. Pero se enfrentan a un nuevo reto parlamentario, porque en el emergente sistema alemán de cinco partidos dependerá en gran medida de su decisión el que se forme una coalición de izquierdas (el nuevo Partido de Izquierdas, socialdemócratas y verdes), o

que una alianza de derechas alcance mayoría parlamentaria (compuesta por liberales, conservadores y verdes), o que vuelva a formarse una “gran coalición” (entre conservadores y socialdemócratas) evitando cualquiera de las opciones anteriores.

El problema con las explicaciones existentes sobre el fracaso de los Verdes alemanes como proyecto político de transformación

No comentaré la amplia literatura existente sobre la integración de los Verdes alemanes en la actual constelación de dominación /14. Ello involucraría al lector o lectora en una batalla de perspectivas *ex post* bastante fútil, muchas de las cuales nada tienen que ver con cualquier perspectiva de transformación emancipatoria. En vez de eso, intentaré discutir las explicaciones y argumentos que típicamente recorren esta literatura, o los debates públicos en Alemania, con la idea de construir poco a poco un marco adecuado para el debate sobre las lecciones que pueden sacarse del fracaso de los Verdes alemanes, en cuanto proyecto transformación emancipatoria que pudiera emprenderse en un país capitalista líder.

Comencemos tal ejercicio de reflexión crítica con una dificultad real. Hay dos clases de problemas con las explicaciones existentes sobre la derrota de los Verdes germano-occidentales como fuerza política capaz de abrir una alternativa histórica frente a la presente constelación de dominación capitalista. *Por una parte*, estas explicaciones tienden a distorsionar la situación actual, a partir de la cual se ha buscado una senda alternativa de cambio histórico: en lugar de analizarla en términos de contradicciones irresueltas, hacia cuya resolución presionan luchas históricas, se hace referencia a un estado de cosas totalmente determinado que no admite alternativa real alguna -no hay bifurcaciones, sino sólo un avance de la historia (o de los procesos de reproducción biosférica) hacia delante. *Por otra parte*, parecen oscilar, invariablemente, entre explicar demasiado o demasiado poco: a menudo se remiten a explicaciones estructurales muy amplias -por ejemplo, el estatismo implícito en la forma misma de partido político, o a las deformaciones que conlleva el intento de participar en el gobierno de un destacado país “imperialista”-, las cuales, si fuesen verdaderas, implicarían la imposibilidad de la forma partido como instrumento de liberación, o la imposibilidad de cualquier transformación gradual en un país semejante /15.

Distorsionar y explicar demasiado. Esta clase de argumentación distorsiona la situación general, en la medida en que reduce indebidamente la clase de trabajadores asalariados explotados por el capital a cierto tipo histórico de obreros industriales /16, en tanto que numerosos indicadores apuntan que los verdes (activistas, votantes y constructores del partido) representan los sectores más modernos de la clase trabajadora explotada por el capital, complementada por funcionarios y empleados de los servicios públicos. Si se analiza en términos de género y cohortes de edad, esta “reserva verde” puede parecer, de hecho, más representativa de la clase trabajadora realmente existente en el corazón de los países imperialistas que el electorado social-demócrata o comunista más tradicional. Es cierto que existe el problema real de la expansión de

las categorías del subproletariado, que plantea un desafío real para todas las posibles políticas de clase que quieran emprender los hoy empleados y empleadas por el capital. No obstante, sería una ilusión pensar que las “reservas” comunistas o socialdemócratas resultan más accesibles, desde la perspectiva de este modelo renovado de trabajadores precarizados, que la “reserva” verde, la cual, cuando menos, tiene la ventaja de estar más feminizada en su composición y caracterizarse por tipos menos normalizados de empleo. Esto no debería despistarnos, a su vez, haciéndonos pasar por alto las profundas diferencias de perspectiva existentes entre una “flexibilidad” real y autogestionada que puede encontrarse en el tramo superior de las jerarquías de trabajadores, y la “precariedad” real, bajo el control de otros, a los que los niveles más bajos de tales jerarquías están siendo expuestos, así como las nuevas clases bajas que están emergiendo.

Al mismo tiempo se tiende a explicar no sólo por qué las rebeliones pequeñoburguesas, campesinas o feministas nunca conducirán a un proceso real de emancipación social, sino también por qué, al cabo de la jornada, semejante proceso nunca tendrá lugar: se argumenta que los movimientos proletarios son portadores de una capacidad real de actuación, pero que ésta sólo se materializará -bajo tales supuestos- cuando y donde todo el tiempo perdido en políticas no proletarias se agote hasta el final. Eso es equivalente a aplazarla al Día de Nunca Jamás, cuando todos los aliados potenciales del anticapitalismo proletario hayan agotado sus propios recursos políticos -con lo que las oportunidades del proletariado mismo para desafiar la dominación capitalista a través de su propia lucha de clases no resultan nada prometedoras.

La importante cuestión de los cambios en la “composición de clase” de los asalariados explotados por el capital se soslaya indebidamente en tales enfoques, así como los problemas reales de determinar el peso relativo de los procesos de explotación indirecta del trabajo no remunerado, o la expropiación violenta del producto de los países dependientes dentro de la constelación existente de la acumulación de capital en su realidad global y transnacional. Que los segmentos jóvenes y mejor educados de la población en los mismos países metropolitanos de esta constelación de acumulación capitalista pudieran combinar un motivo de actuación con la capacidad para la misma, de una manera de la que los segmentos más desfavorecidos de la misma compleja red de acumulación capitalista son incapaces, no debería tomarse por un argumento sobre su incapacidad estructural para establecer cualquier oposición seria al sistema. De lo contrario, si sólo los segmentos más empobrecidos fueran capaces de oponerse con fuerza a esa red de acumulación, ello significaría que sus posibilidades de éxito serían, ciertamente, muy escasas. A menos que se logre derrocar el “sistema” con un solo golpe violento -lo cual nunca ha sucedido, y no deberíamos esperar que sucediera-, cualquier lucha de oposición prolongada tenderá a obtener su fuerza de su capacidad para implicar a aquellos trabajadores más indispensables para el capital, más que de la organización de los sectores de la clase trabajadora más desfavorecidos y, en consecuencia, más desesperados.

El atractivo de este tipo de explicaciones, pese a que se pasan de la raya descaradamente, deriva de dos fuentes ajenas que no deberían subestimarse. Por una parte, el interés por parte de los cuadros (remunerados o no) del movimiento obrero tradicional (comunista o socialdemócrata) de apoyar cierta clase de ideología que combine una defensa de principios revolucionarios con la aceptación de su propia práctica cotidiana de intentar conseguir “mejoras” en interés de la clase trabajadora organizada, práctica que ni siquiera podría concebirse como “reformista” en el sentido fuerte de apuntar hacia la gran transformación que lleve más allá de la dominación del modo de producción capitalista /17. Y por otra parte, el interés de intelectuales radicalizados que sienten la dificultad de acceder al movimiento obrero realmente existente en su contexto social -y de tener que lograr que se escuchen sus ideas en sus propios espacios públicos-, intelectuales que tienden a ser receptivos hacia una ideología que les consuela acerca de la completa inutilidad de intentarlo siquiera /18.

La explicación más habitual del fracaso político de los Verdes alemanes dentro de la corriente dominante en las ciencias sociales logra combinar ambos errores de una forma notablemente diferente. La teoría cíclica sobre los movimientos de oposición afirma que, a lo largo de toda la historia de la humanidad, ha existido y existe un ciclo rígidamente compuesto por una serie de fases a través de las cuales deben pasar todas las oposiciones: para empezar una fase de rebelión directa; luego una fase de articulación creativa como punto de partida; seguidamente; una fase de rutinización, ideologización y organización, necesaria para constituir una base de masas para los nuevos movimientos; a continuación una fase de luchas para situar a estos nuevos movimientos en el ruedo donde se establecen las relaciones de poder dentro de la sociedad; después una fase de institucionalización, cuando el nuevo movimiento comienza a “ocupar su asiento” dentro de los espacios constituidos del poder establecido; y finalmente una fase de integración, cuando los anteriores representantes del movimiento son plenamente co-optados dentro de la constelación establecida de la dominación, y la memoria del movimiento se convierte en fuente ideológica de legitimidad para este nuevo *establishment*. Las bases empíricas e históricas de tal tipología son verdaderamente muy extensas. Y no cuesta contar la historia de los Verdes alemanes de forma bastante convincente, de manera que proporcione otra llamativa ilustración de esta supuesta verdad omni-histórica.

Esta explicación, en sus variantes vulgarizadas, se vale a veces de una comparación del “movimiento verde” con el cristianismo: desde el radicalismo violento de Jesús y del cristianismo primitivo, pasando por el establecimiento de iglesias, cánones y ortodoxias, hasta las iglesias instituidas ligadas al poder estatal desde Constantino en adelante, con las variantes de la unión *cesaropapista* entre Estado y poder de la Iglesia en la temprana Iglesia estatal del Bajo Imperio Romano, el “poder espiritual” de la Iglesia Católica institucionalizado de forma independiente, y las nuevas combinaciones de “ilustración” individual e Iglesias establecidas dentro del protestantismo. El movimiento verde, se afirma en esta línea, se las arregló para realizar en una década

lo que a la cristiandad le llevó medio milenio: la transformación desde un movimiento radical de oposición a formar parte de las instituciones establecidas de dominación. Pero esto es un claro ejemplo de *lucus a non lucendo*, una argumentación que nada argumenta, en realidad. El movimiento verde, aunque aborde -como no puede evitar hacer cualquier movimiento radical- la cuestión de la vida buena y, en este contexto, lo que se concibe por algunos como espiritual, no es, ciertamente, un movimiento de fe ni un movimiento religioso o milenarista /19.

Una versión vulgar pero no tan obviamente absurda de esta tesis general del ciclo inevitable de rebelión y asimilación que se supone recorren todos los movimientos sociales se basa en la analogía entre el movimiento verde y el movimiento obrero -acentuando otra vez la relativa velocidad de desarrollo por parte de los Verdes, que sólo habrían tardado años en traicionar su radicalismo inicial (por ejemplo entre 1980 y 1989), mientras que el movimiento obrero tardó decenios (desde 1860 aproximadamente hasta la Primera Guerra Mundial, en el caso de los socialdemócratas, o hasta la traición de la revolución bolchevique por el estalinismo, en el caso de los comunistas). El problema de esta “descripción” es doble: por una parte, concibe un complejo proceso histórico objetivo como “traición”, es decir, en términos de una categoría subjetiva que involucra culpas individuales y colectivas. Por otra parte, y de manera paradójica, afirma la inevitabilidad del resultado de reintegrarse dentro de las estructuras establecidas de poder. Para resultar útil, semejante comparación tendría que basarse en las premisas opuestas: analizar esos procesos en su objetividad -quizá, incluso, en su trágico embrollo histórico- vivida y sufrida por los agentes subjetivos, y al mismo tiempo rastrear sus indeterminaciones objetivas, susceptibles de permitir desenlaces alternativos y “bifurcaciones” objetivas.

El defecto central de ambas argumentaciones es, por supuesto, su razonamiento inductivo. Del hecho de que no haya existido, en la historia humana pasada, ninguna iniciativa de emancipación social y liberación con éxito duradero, se infiere que tal iniciativa es imposible. Pero la imposibilidad no puede apoyarse en esta clase de inductivismo experiencial. Lo que fue derrotado en el pasado, o sencillamente fracasó, puede vencer o funcionar satisfactoriamente en el futuro. La pregunta interesante no es si resulta posible describir este tipo de evoluciones cíclicas -lo que en realidad no puede negarse-, sino averiguar las explicaciones y razones subyacentes. Semejante explicación teórica, o semejante razonamiento sobre lo que subyace, una vez hallado permitiría a su vez elegir una senda diferente para evitar ciertos mecanismos de auto-sabotaje y para esquivar señuelos programáticos que conducen a la derrota, o sencillamente a renunciar a la lucha. Mirar así de cerca también resaltaría claramente las particularidades y las diferentes dinámicas de cada uno de los movimientos, que el pensamiento analógico emborrona sistemáticamente. De forma especial, pondría en tela de juicio la pureza de las fases cíclicas que se construyen -por ejemplo, señalando las ambivalencias presentes en el movimiento obrero desde sus mismos inicios, desgarrado entre un reformismo a lo Owen, un libertarismo a lo Proudhon, un estatismo a lo Lassalle y la muy específica clase de revolución transformadora por la que

abogaban Marx y Engels. O bien, pongamos por caso, resaltando la presencia de un ala derecha reaccionaria en los mismos comienzos del movimiento verde, y especialmente dentro de las iniciativas que empujaban hacia la forma partido, mucho antes de que ningún ciclo de recuperación pudiera haberlo aproximado al *establishment*. O la fuerte presencia de un pragmatismo municipalista en esos mismos comienzos verdes, que desde siempre ha subvertido las posturas ideológicas universalizantes que estructuraban los debates políticos públicos.

Frieder Otto Wolf fue parlamentario europeo por el Partido Verde. Es uno de los autores de un texto de referencia de la "izquierda verde": *Manifiesto ecosocialista*, publicado en 1993 por La Catarata.

[La segunda parte de este ensayo se publicará en el próximo número de *VIENTO SUR*]

Traducción: Marta Beltrán Bahón.

1/ La fundación de la Tercera Internacional, a partir de la Revolución de Octubre, funcionó de hecho como una mera división de las organizaciones existentes del movimiento obrero vinculado a la Segunda Internacional. Lo mismo fue el caso con las Internacionales posteriores. Los agrupamientos de Estados que intentaron escapar de la lógica de la Guerra Fría nunca fueron más allá de la cooperación internacional. La solidaridad internacional de tipo guevarista se quedó en proyección patética, sin adquirir nunca una forma organizativa tangible. Sólo con las iniciativas internacionales en red del movimiento (neozapatista y "antiglobalización", en los años noventa del siglo XX, que han convergido en los Foros Sociales Mundiales y a partir de ahí en iniciativas continentales, nacionales y regionales, ha surgido una nueva ola de solidaridad transnacional y política transnacional.

2/ Especialmente, el Berlín Occidental de los años sesenta y setenta del siglo XX parece haber continuado en la vanguardia internacional de la renovación primero teórica y luego práctica de la política antisistema radical -véase por ejemplo el papel que desempeñó en la formación del pionero de la renovación ecológica de la izquierda española, Manuel Sacristán.

3/ La retirada del antiguo presidente del partido socialdemócrata (SPD) Oskar Lafontaine marcó claramente este giro decisivo -sin que casi nadie se diese cuenta dentro de la izquierda alemana en sentido amplio.

4/ El nuevo partido de izquierdas germano-occidental (al que Oskar Lafontaine se sumó espectacularmente antes de las elecciones federales de 2005) todavía carece de una base de masas suficiente -aunque tiene presencia real entre las bases sindicales-, y resulta vulnerable frente a "soluciones" fáciles pero sectarias para los irresueltos problemas estratégicos de la izquierda radical, que también le complicaron la vida a la izquierda verde alemana en los decenios anteriores.

5/ Los tiempos de apogeo de la preparación intelectual para la izquierda alternativa alemana, en los años setenta y ochenta del siglo XX, fueron una era editorial de reediciones -reviviendo intelectualmente casi todo lo que se concibió en Alemania y Austria durante la crisis de la izquierda en los años veinte, y después fue censurado y "olvidado" por la izquierda oficial, y excluido de la memoria pública por el consenso derechista que prevaleció durante la Guerra Fría (amén de haber sido perseguido y destruido por los nazis, claro está). Ello condujo rápidamente al surgimiento de intelectuales rüheanos, korschianos, mattickianos y por supuesto lukacsianos, que no se basaban en otra cosa que en la relectura de los textos nuevamente disponibles.

6/ Este ensayo intenta un análisis desde dentro; y por ello supone implícitamente una autocrítica. Desde finales de los años setenta participé activamente en pequeños grupos de activistas que buscaban una salida a la crisis de la izquierda tratando de hacer buen uso de los impulsos de los nuevos movimientos sociales, especialmente en el terreno de una política electoral renovada. Ello me condujo -en Alemania- desde las Conferencias Socialistas (1980-81), pasando por la fundación de la revista mensual *Moderne Zeiten* (*Tiempos modernos*), a participar y a menudo coordinar tres generaciones sucesivas de círculos dirigentes de la izquierda verde; a participar en la redacción de documentos estratégicos como el manifiesto fundacional de la *Initiative für Sozialistische Politik* (Iniciativa para una Política Socialista) que publicó la revista mensual de izquierda verde *Moderne Zeiten* en 1982, o el libro de Thomas Ebermann y Rainer Trampert sobre el futuro de los Verdes (*Die Zukunft der Grünen*, Konkret, Hamburgo 1983); y a tratar de organizar la izquierda dentro de los Verdes en su fase de ascenso -hasta la derrota estratégica de la izquierda verde en Alemania con su oposición a la guerra de la OTAN en Yugoslavia. Después de las primeras derrotas tácticas sufridas por la línea Ebermann/ Trampert a mediados de los ochenta, puse cierto empeño en mi participación internacional en debates estratégicos europeos, aprovechando las posibilidades de mis contactos internacionales de los años setenta (sobre todo con althusserianos, trotskistas disidentes, y varias ramas de renovadores comunistas), reforzados por mi posición como eurodiputado verde en el Parlamento Europeo, para desarrollar vínculos estratégicos con la izquierda verde-alternativa que despuntaba en Francia (donde fui cofundador del "Movimiento Arcoiris"), en Gran Bretaña (donde participé activamente en varios

congresos rojiverdes) y en la Península Ibérica. Todo ello condujo a mi co-autoría del *Manifiesto ecosocialista* impulsado por Pierre Juquin (publicado en varios países, entre ellos España: AA.VV., *Por una alternativa verde en Europa-manifiesto ecosocialista, mientras tanto* 41, Barcelona 1990; reimpresso como libro: Los Libros de la Catarata, Madrid 1991). Si echo la vista atrás hacia estas dos décadas de 1979-1999, debo decir que siempre trabajé más allá de mis capacidades reales, sin poder controlar los resultados -como debe de ser siempre el caso, barrunto, en la práctica política y filosófica seria. Sin embargo, este ensayo no intenta una autocrítica personal. Trata de poner al descubierto algunas deficiencias estratégicas que subyacen a los primeros éxitos y la subsiguiente serie de derrotas de la izquierda verde-alternativa alemana -de manera que una nueva generación de iniciativas políticas radicales tenga la posibilidad de aprender de esta experiencia histórica. Con ello retomo el hilo conductor de la reflexión que ya inicié en un ensayo anterior, "Warum fällt es uns in den Grünen so schwer, über unsere Perspektiven zu diskutieren?" ["¿Por qué a los Verdes nos cuesta tanto discutir sobre nuestras perspectivas?"], en: *Grüne Perspektiven (Grün-Alternatives Jahrbuch 1988)*, Kölner Volksblatt, Colonia 1988, p. 88-117.

7/ El ejemplo de la República Federal Alemana es relevante aquí, porque ha hecho explícito que esta apertura de la esfera política tenía sus límites -en 1956 fue prohibido un pequeño Partido Comunista ya por entonces marginal.

8/ De los que se habían hecho cargo, a su manera, grupos de sedicente "guerrilla urbana" -incluso después de perder la hegemonía en el terreno de las ideologías políticas- troquelados a imagen y semejanza de las luchas de liberación nacional en el Tercer Mundo (como las *Brigate Rosse* en Italia, la RAF -Fracción del Ejército Rojo- en Alemania o los GRAPO en España), para mayor desasosiego de los activistas de base y las redes que seguían predominando en la práctica cotidiana.

9/ En Alemania nunca hubo una represión policial ejemplarizante contra el movimiento de protesta como la que se dio en Francia con la "batalla de Malville" en 1977, durante la cual fuerzas policiales militarizadas apalearon sin piedad a manifestantes no violentos y mataron a algunos de ellos, rompiéndole el espinazo, por decirlo así, al movimiento francés de protesta. La "batalla de Brokdorf", en la Alemania Occidental de 1981, cuando unos 200.000 manifestantes participaron en protestas ilegalizadas contra el proyecto de una central nuclear, no pudo ganarla una gigantesca fuerza de policía a pesar de apurar los límites de las acciones policiales legales. Véase *Simples Citoyens, Memento Malville. Une histoire des années soixante-dix*, Grenoble, consultado el 14 de junio de 2005, en: www.pievetmaindoeuvre.com.

10/ La desarrollaré de memoria, sin consultar bibliografía, ya que prácticamente viví esta historia desde finales de los años setenta. Existen varios estudios significativos del desarrollo de los Verdes alemanes. Para hacerse con información general de base, aún sigo recomendando el libro de Werner Hülsberg *The German Greens. A Social and Political Profile*, Verso, Londres 1988. El libro más relevante desde la perspectiva de nuestra discusión en este ensayo es el muy exhaustivo y teóricamente penetrante análisis de Jorge Riechmann en *Los Verdes Alemanes. Historia y análisis de un experimento ecopacifista a finales del siglo XX*, Comares, Granada 1994. Por supuesto, los grandes libros de Joachim Raschke (*Die Grünen: wie sie wurden, was sie sind*, Bund, Colonia 1993, así como *Die Zukunft der Grünen*, Frankfurt/New York 2001) son insuperables en cuanto a detalle empírico y comentarios inteligentes, pero Raschke tiende a ver las cosas desde una perspectiva política convencional, mientras que Riechmann defiende una perspectiva política radical, sin autoengaños pero sin resignación.

11/ A partir de la reacción visceral de la ecologista británica Sara Parkin (formulada a mediados de los ochenta, pero todavía presente en su libro *Green Parties: An International Guide*, Heretic Books, Londres 1989), quien sentía escalofríos ante el izquierdismo que descubría en la mayoría de los Verdes alemanes, la literatura anglosajona sobre *die Grünen* está llena de proyecciones como la de Donald Sassoon: "la Nueva Izquierda de los años sesenta disfrazada con ropajes verdes" (en su libro *One Hundred Years of Socialism: The West European Left in the Twentieth Century*, Fontana, Londres 1996, p. 678). Pero esto era exactamente lo que los Verdes alemanes estaban tratando de hacer: traducir los sueños y deseos de los sesenta a política efectiva -y ello tanto en el campo de los *fundis* como en el de los *realos*.

12/ Esto no fue así en los comienzos (como cree Sassoon, op. cit., p. 677), sino que resultó de un realineamiento estratégico iniciado por Thomas Ebermann desde la izquierda, buscando una alianza estratégica con Rudolph Bahro y Jutta Dittfurth sólo en el verano de 1983 -con lo cual los activistas municipales pragmáticos de la izquierda verde se quedaban con el culo al aire.

13/ El papel decisivo de la política municipal en la construcción y funcionamiento de los Verdes alemanes fue analizado por Bodo Zeuner y Jörg Wischermann en su libro *Rot-Grün in den Kommunen*, Leske&Budrich, Opladen 1994.

14/ Se pueden encontrar útiles exposiciones en *The German Greens: paradox between movement and party*, ed. por Margit Mayer y John Ely, Temple Univ. Press, Philadelphia 1998; así como en la reseña escrita por John Ely sobre varios libros pertinentes (Markovits, Scharf, Frankland/Schoonmaker, Hülsberg): "Green Politics and the Transformation of the Left in Germany", en: *New German Critique*, No. 72 (otoño de 1997), p. 177-192.

15/ A aquellos que digan, en este momento de la argumentación, que después de todo éste es el caso si nos situamos en una perspectiva verdaderamente revolucionaria, sencillamente les contestaría que ello significaría aplazar indefinidamente cualquier revolución, al menos en los "países imperialistas metropolitanos".

16/ Un ejemplo clásico de esto es la confusión de E.P. Thompson cuando toma el constructo histórico identitario de la "clase obrera" en Gran Bretaña por la "clase obrera" en el sentido del análisis marxista de clase y considera todo lo demás como "clase media" (véase por ejemplo su ensayo "Labour's Lost Millions" en *Marxism Today*, octubre de 1983) o la reiterada referencia de Donald Sassoon a la "clase media" cuando está hablando de nuevos estratos de asalariados (op. cit., p. 697, 699 y 712).

17/ La oposición violenta entre las ortodoxias kautskyana y estalinista parece haber enmascarado sus semejanzas

funcionales a este respecto -así como un montón de “coincidencias” doctrinales, por no decir “préstamos” tomados por esta última de la versión anterior de “marxismo oficial”.

18/ De manera paradójica, tanto la ideología estalinista de sometimiento a la línea del partido (tan bellamente “teorizada” por György Lukács en su *Lenin. Studie über den Zusammenhang seiner Gedanken*, Arbeiterbuch, Viena 1924) como la teoría “absurdista” de la total imposibilidad de una praxis no corrompida por la “totalidad falsa” de la constelación de dominio existente, tal y como se ha querido ver en el último tramo de la obra de Adorno y Horkheimer, son capaces de satisfacer esta necesidad -apoyándose sobre la “evidencia” relativamente cambiante- que proporcionan las organizaciones políticas del movimiento obrero, fuera de los debates intelectuales.

19/ Pensar lo contrario fue el error fatal de Rudolph Bahro y sus seguidores a finales de los ochenta (véase la recopilación retrospectiva de ensayos de Bahro *Apokalypse oder Geist einer neuen Zeit*, edition ost, Berlín 1995), y lo pagaron con la pérdida de cualquier influencia apreciable sobre la evolución posterior de los Verdes como movimiento sociopolítico real.